

### Apéndice J.

*La especie humana, por M. de Quatrefrèges, miembro del Instituto (Academia de ciencias), profesor de antropología en el Museo de la historia natural.*—Dicho compendio, leído por el autor mismo en plena sesión de la Academia de ciencias, probará que esta grande autoridad zoológica y paleontológica se halla en las conclusiones esenciales: unidad de origen, de especie, de cuna y de creación de todas las razas humanas, en perfecto acuerdo con la revelación, ó que sus conclusiones son las nuestras. Él admite la aparición relativamente reciente del hombre sobre la tierra; su lenguaje es un tanto vago respecto de la fecha que asigna á la antigüedad absoluta, de siete á ocho mil años; y eso porque, en contra de su primera opinión, él ha creído que debía hacer intervenir la geología, que nada tiene que ver en ello.

«He hecho todo lo posible para condensar en este libro un conjunto de hechos é ideas que representan cerca de tres años de mi enseñanza en el Museo, y comprenden casi todas las principales cuestiones generales de la antropología. Es decir, que se trata de un bosquejo y no de una obra extensa; mas acaso la brevedad misma de este trabajo permitirá que se comprenda mejor el encajamiento de los hechos y la filiación de las ideas. Aquí, lo mismo que en mi enseñanza, me he mantenido estrictamente en los límites del terreno científico. Respecto de todo aquello que no es exclusivamente humano, es decir, respecto de todo aquello que se halla fuera de los fenómenos de la moralidad y de la religiosidad, el hombre debe entrar en las leyes generales. A mi entender, toda solución, para ser buena, es decir verdadera, debe conducir al hombre á las leyes generales reconocidas en los demás seres organizados y vivientes.

«La primera cuestion que se presenta en antropología es la de la unidad ó de la multiplicidad específica del hombre: esta cuestion yo he debido tratarla con alguna extension. Sabido es que ella trae divididos á los antropólogos en dos campos: los *poligenistas*, que admiten la existencia de *varias especies* de hombres caracterizados por algunas diferencias de estatura, fisonomía, color, etc., que presentan los diversos grupos humanos; y los *monogenistas*, que sólo ven en estos mismos grupos otras tantas *razas de una sola y misma especie*. Añadamos que los poligenistas son al mismo tiempo *autoctonistas*, es decir, que consideran sus *especies humanas* como oriundas de los diversos puntos del globo, en los cuales nosotros las hemos encontrado ó la historia nos los muestra por vez primera. La aplicación rigurosa de leyes fisiológicas comunes á los animales y á los vegetales conduce invenciblemente á considerar todos los grupos humanos como de una *misma especie* y como separados únicamente por algunas diferencias de *razas*. Empero esas razas ¿no pudieron acaso haber tenido origen aisladamente? Esta opinion, especie de compromiso entre el monogenismo y el poligenismo, ha sido sostenida por Agassiz, que ha admitido para las poblaciones humanas un verdadero cosmopolitismo original. Yo no he podido no obstante admitirlo, sintiendo tener que combatir, sobre este punto, á uno de los hombres cuyo saber y carácter he tenido en mucha estima en todas ocasiones. Para resolver esta cuestion del lugar de origen, no es ya á la fisiología á la que hay que pedir datos, es á la geografía botánica y á la zoología. Allí tambien encontramos algunas leyes comunes á las plantas lo mismo que á los animales. El hombre debe entrar en estas leyes. Pues bien, la teoría del cosmopolitismo inicial le coloca en oposicion con dichas leyes, luego ella no puede ser verdadera. La aplicación al hombre de las leyes que rigen la distribución de los demás seres organizados, induce á admitir respecto de él una demarcacion primitiva, á considerarle como el tipo característico

de un centro de creación, ó mejor dicho de aparición única y relativamente muy restringida. Un conjunto de hechos, cuya enumeración no puedo hacer aquí, permite colocar el centro de aparición humana, sea en la gran cuenca que circunscriben el Himalaya, el Bolor, el Ala-Tan, el Altai ó sus derivados, el Felina y el Kuen-Loun, sea en el norte mismo de esta región. De todos modos, ninguno de los hechos observados hasta aquí permite fijar la cuna de nuestra especie en otra parte que en Asia. Nada autoriza tampoco á buscarla en las regiones cálidas, sea de los continentes actuales, sea de una tierra hipotética que hubiera desaparecido. Esa idea estriba únicamente en la creencia de que el clima del globo, en el momento de la aparición del hombre, era lo que es hoy. Empero los descubrimientos modernos han demostrado que esto era un error. Aunque nos sea posible hacer desde ahora algunas conjeturas probables, relativamente al punto del globo donde apareció en primer lugar la especie humana, con todo no podremos todavía presumir nada absolutamente de plausible sobre el origen de dicha especie, ni tampoco de otra alguna. Yo he debido exponer harto sucintamente las teorías muy diversas emitidas sobre el asunto por MM. Darwin, Wallace, C. Vog, Haeckel, Naudin, etc.; mas he tenido que combatir igualmente todas esas concepciones en nombre de la ciencia fundada en la observación y la experiencia. No es que yo anatematicé ó censure acerbamente la audacia de aquellos que buscan en la acción de las causas segundas la explicación del mundo orgánico; yo he debido hacer ver solamente que esos tales concedieron verdaderamente demasiado á la hipótesis, que olvidaron harto á menudo el saber positivo adquirido por sus antecesores, y por lo tanto sacaron premisas verdaderas de consecuencias erróneas. Así es como ellos creyeron haber demostrado lo que no estaba demostrado.

Hé aquí lo que yo he querido probar á riesgo de ser tratado de espíritu pusilánime ó rutinario. He procurado

por todos los medios resumir el debate; los lectores imparciales y despreocupados decidirán entre nosotros. Como quiera que ello sea, la especie humana, primitivamente confinada en un punto del globo, situado probablemente en el centro ó hacia el norte del Asia, hállase hoy en todas partes. Ella debió, pues, desparramarse en todas direcciones, y la población del globo sólo pudo hacerse por medio de las *emigraciones*. Los poligenistas han declarado generalmente éstas imposibles. Para responder á esa objeción hecha á la doctrina monogenista, no tengo otra dificultad que la elección. El éxodo de los kalmoks del Volga, la historia abreviada de las emigraciones polinesias, hoy conocidas en parte hasta en sus menores detalles, la de las emigraciones en América de poblaciones asiáticas y europeas, atestiguadas por reseñas exactas, por la lingüística, por la historia, responden sobradamente á cuanto ha podido alegarse en favor del autocionismo. Las emigraciones, trasladando al hombre de su centro de aparición á los puntos más opuestos del globo, imponíanle la necesidad de aclimatarse en los medios más diversos.

La mayor parte de los poligenistas han negado de una manera más ó menos absoluta que los hombres pudieran vivir y propagarse en regiones distintas de aquellas en que vivieron sus padres. Aquí todavía es fácil responder con algunos hechos apoyados sobre guarismos. La rapidez de la población de la Acadia y lo que pasa en nuestros días en Polinesia atestiguan que el blanco europeo puede prosperar bajo los climas más diversos.

Los viajes que condujeron al hombre desde su punto de partida á todas partes en que le hallamos hoy, principiaron en una época anterior á la época geológica actual. Que nuestra especie haya atravesado todos los tiempos cuaternarios, que ella haya vivido en Europa durante el período de transición que une dichos tiempos con la época terciaria, hé aquí lo que no puede ser negado ya hoy. En cuanto á la existencia de la misma en los tiempos más remotos, es cosa cuestionable todavía, y si bien yo creo per-

sonalmente en el hombre terciario, despues de haber examinado muy detenidamente las piezas recogidas por MM. Capellini y el abate Bourgeois, reconozco sin dificultad alguna que es permitido abrigar todavía dudas sobre el particular. Sea como fuere, el hombre terciario sólo nos es conocido por algunas raras muestras de una industria de las más primitivas. Lo contrario sucede con el hombre cuaternario. La Academia recordará sin duda que M. Hamy y yo sometimos á su dictámen la descripción de un número muy grande de cabezas que datan de dicha época. Ella sabe además que las noticias recogidas sobre esas razas fósiles no se concretan simplemente á eso, sino que se poseen varios esqueletos enteros y gran número de muestras ó especimens de industrias muy variadas. Reuniendo todos estos diversos datos, he podido trazar un bosquejo histórico muy circunstanciado de dichas razas. He insistido sobre todo sobre la magnífica raza de Cro-Magnon, que debió parecerse mucho á nuestras pieles-rojas modernas, mas á la cual sus aptitudes progresivas y los instintos artísticos de que ha dejado tantas pruebas señalan un lugar aparte entre todas las poblaciones salvajes. En este estudio en conjunto asaz detallado, he considerado siempre los *carácterés* bajo el punto de vista del botánico y del zoólogo. He tenido, por consiguiente, que refutar algunas veces diversas apreciaciones prematuras, cuando menos respecto de la significacion de ciertos rasgos considerados equivocadamente como indicios tan pronto de superioridad, tan pronto de inferioridad. Particularmente he debido combatir repetidas veces las expresiones, *carácter símico*, *carácter de animalidad*, empleadas con harta frecuencia por aquellos mismos que rechazan las consecuencias deducidas de sus obras por algunos discípulos harto temerarios ó insuficientemente instruidos. De hecho el organismo humano está construido bajo el plan general del de los mamíferos, y las semejanzas que le aproximan al de los monos son incontestables, más existen también algunas diferencias

sensibles y constantes. Las modificaciones muy secundarias que resultan en nosotros de la formación de las razas aumentan ó disminuyen algun tanto la distancia que nos separa de los animales más superiores, sin jamás confundirnos con ellos, ni siquiera por la estructura del menor de nuestros huesos. Huxley, á pesar de sus convicciones darwinistas, es el primero en proclamarlo. ¿Por qué, pues, ir á buscar en los animales un término de comparacion para oponerlo á no sé qué tipo humano que nadie precisa? ¿Por qué sobre todo olvidar el embrión, el feto humano y el niño?

Es más bien en sus estados transitorios, en su evolucion progresiva, en los fenómenos de cesacion ó de exceso de desarrollo, donde es preciso buscar la explicacion de las fluctuaciones orgánicas ofrecidas por los diversos tipos de razas. Eso es lo que yo he procurado hacer, al oponer la *teoría evolutiva humana* á la *teoría símica*. He insistido más especialmente aún sobre los carácterés suministrados por el cuerpo, y examinado sucesivamente aquellos que pueden sacarse de la morfología, de la anatomía, de la fisiología y patología. Sin embargo no podía pasar en silencio los carácterés intelectuales, no menos que los fenómenos exclusivamente humanos de la religiosidad y moralidad. Creo superfluo el añadir que, al ocuparme de estos últimos, he permanecido exclusivamente naturalista, he respetado escrupulosamente el terreno de la fisiología lo mismo que el de la teología.»

*El Darwinismo.* Extracto del informe de M. Blanchard sobre los trabajos de los miembros de las sociedades sábias en 1876.

M. Grand'Eury, aprovechándose de la buena suerte de haber podido recoger algunos restos en los cuales la estructura del vegetal hallase intacta, se ha aplicado á descifrar las semejanzas de las plantas carboníferas con los tipos que menos se separan de ellas en la naturaleza actual, y de este cotejo ha surgido la evidencia de ciertas re-

laciones... En dicha flora hullera, donde faltan las dicotiledóneas con fruto cubierto de un pericarpio, el observador, al comparar las plantas extinguidas con las plantas vivientes más análogas, ve las colas de caballo y los helechos que superan á estas mismas plantas de los tiempos actuales por el desarrollo y la complejidad de la estructura. En los lepidodendrones ve los licópedos coníferos convertidos en árboles; en los coníferos, algunas especies de una organización más bella que las especies de nuestra época. M. Grandt Enry demuestra, pues, la realidad en oposicion completa con la hipótesis del desenvolvimiento progresivo. (*Diario oficial*, sábado 7 de Abril de 1877.)

*La edad de la piedra pulida y del bronce, en los alrededores de Saint-Nazaire. Resultados inesperados y de la más alta importancia de M. Kerville, ingeniero de puentes y calzadas de Nantes. Nota de M. Alejandro Bertrand.*—1.º Al principio, y hasta una época muy reciente, los alrededores de Saint-Nazaire, entre Halluard y Means, formaban una bahía sembrada enteramente de islas, á la manera del Morbihan. El Brevet no tenia su embocadura en el Loire, en Means, sino en Penhouet. 2.º Hacia el siglo v antes de nuestra era, la ensenada de Penhouet estaba habitada por una poblacion marítima... Dicha poblacion de cráneo dolicocefalo (prolongado) vivia al mismo tiempo que el aurochs y el ciervo; ella se servia de instrumentos de asta y de bronce, de armas é instrumentos de piedra... 3.º En el siglo III de nuestra era, las mismas orillas estaban ocupadas por galo-romanos. La ensenada de Penhouet servia de nuevo de puerto. Tolomeo designaba dicho puerto bajo el nombre de *Brevatis portus*, el puerto de Brevet. 4.º Hacia el siglo VIII de nuestra era, el Brevet, encontrando un obstáculo en su cauce natural, desvióse de su curso, á unos 2 kilómetros de su embocadura, y fué á arrojar-se en Means. (*Informes de la Academia de ciencias*, 9 de Abril de 1877.)

*Edad del hombre de las cavernas.*—La *Nature* inglesa,

del 17 de Mayo de 1877, reproduce y declara importantísimas las conclusiones siguientes de las lecciones dadas actualmente en Edimburgo por el doctor M. Mitchell. El estudio detenido de las armas de guerra y caza, de hueso y asta de los primeros habitantes de la Europa occidental, lo mismo que de la fauna que les rodeaba, comparada con la fauna moderna, prueba que la antigüedad de dichos pueblos de la edad de la piedra, en vez de remontarse á diez mil ó á cien mil años, data solamente de algunos miles de años. Es nuestra tesis.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.